

COMPARECENCIA DEL EXPERTO EN DESARROLLO RURAL, D. JAIME IZQUIERDO VALLINA, ANTE LA COMISIÓN ESPECIAL DE ESTUDIO SOBRE LAS MEDIDAS A DESARROLLAR PARA EVITAR LA DESPOBLACIÓN DE LAS ZONAS DE MONTAÑA, PARA INFORMAR EN RELACIÓN CON LA MATERIA OBJETO DE ESTUDIO DE LA COMISIÓN.

(Núm. exp. 715/000399)

AUTOR. COMISIÓN ESPECIAL DE ESTUDIO SOBRE LAS MEDIDAS A DESARROLLAR PARA EVITAR LA DESPOBLACIÓN DE LAS ZONAS DE MONTAÑA.

El señor PRESIDENTE: Señorías, continuamos con el último punto del orden del día, que es la comparecencia del experto en desarrollo rural don Jaime Izquierdo Vallina, para informar en relación con la materia objeto de estudio de la comisión.

En nombre de todos sus miembros, quiero agradecer a don Jaime su presencia. Sé que nos ha ido siguiendo a lo largo de la tarde y, por tanto, poco tengo ya que explicarle sobre el desarrollo de la comparecencia.

Así que, sin más, le doy la palabra.

El señor IZQUIERDO VALLINA (Experto en desarrollo rural): Muchas gracias.

Señor presidente de la comisión, señores senadores, les agradezco la invitación para comparecer hoy aquí. Dividiré mi intervención en dos partes: en la primera de ellas haré un recorrido por lo sucedido en España en los territorios de montaña a partir de mediados del siglo XX, y en la segunda esbozaré algunas líneas de actuación que puedan servir al objeto de esta comisión.

Ante la diversidad de circunstancias que afectan al despoblamiento no haré un discurso general, pues creo que entre todas las personas que pasaremos por esta comisión daremos esa visión de conjunto. Así pues, centraré mi comparecencia en un aspecto concreto: la extinción de los pobladores originales de las montañas, es decir, de las comunidades campesinas vernáculas que fundaron las aldeas de montaña y las habitaron durante largos periodos de tiempo. Fueron estas comunidades las que le dieron la identidad cultural al territorio y la forma al paisaje al que ahora llamamos naturaleza. La experiencia acumulada por ellas no fue tenida en cuenta en la modernización del país. Nuestra fe en la civilización industrial como única posibilidad de progreso nos llevó a pensar que este podría llevarse a cabo sin tener en cuenta el amplio conocimiento local y empírico de los campesinos. El escritor John Berger lo ha expresado con certeza: "...nadie en su sano juicio puede defender la conservación y el mantenimiento del modo de vida tradicional del campesinado (...) Y, sin embargo, despachar la experiencia campesina como algo que pertenece al pasado y es irrelevante para la vida moderna; imaginar que miles de años de cultura campesina no dejan una herencia para el futuro (...) es negar el valor de demasiada historia y de demasiadas vidas."

Por otra parte, creo que el despoblamiento de la montaña no es una patología, sino un síntoma, el síntoma principal de una patología, de una enfermedad del territorio. En consecuencia, el tratamiento para recuperar la salud de las montañas debería ser aquel que nos ayude a eliminar la causa para corregir así el efecto. No obstante, hay que advertir también que el decrecimiento y envejecimiento demográfico es ahora un problema general en Europa y no solo de las montañas.

Siguiendo con la metáfora médica –que seguramente será del gusto del presidente de esta comisión– deberíamos iniciar una exploración que nos ayudara a entender qué es lo que ha sucedido para que la demografía de la montaña haya pasado,

en apenas 100 años, de tener forma de pirámide de amplia base a parecerse, en el mejor de los casos, a una pequeña seta. La mayoría de los investigadores coinciden en señalar como desencadenantes una trilogía de factores concurrentes vinculados a la industrialización española: la aparición de nuevos focos industriales de desarrollo que atrajeron la mano de obra del campo, las dificultades inherentes a la vida en la montaña y el desinterés de la política de la época por el futuro de estos territorios.

A partir del Plan de Estabilización de 1959 las relaciones entre el campo y la ciudad van a sufrir un cambio radical. Podríamos señalar dos hechos singulares que definen las características de la relación campo-ciudad nacida del industrialismo: En primer lugar, el campo se partió en dos, por una parte, están las zonas que fueron objeto de intensificación agraria y, por otra, las zonas que por distintas razones no permitieron esa intensificación y en las que se agravaría el abandono. Las montañas, a las que me refiero en esta intervención, están mayoritariamente en este grupo. En segundo lugar, se impondrá paulatinamente la influencia política de la ciudad nacida del pensamiento industrial hasta hacerse hegemónica en el control de todo el territorial rural. La ciudad entrará en expansión sobre el campo como nunca antes habíamos visto. Pero esa difusión no será solo física, será también y, sobre todo, ideológica, lo que afectará al diseño normativo en todos los órdenes del territorio, que desde entonces quedará supeditado a una visión externa y exclusivamente urbana. Por el campo español, diverso y variado en sus cientos de expresiones locales de organización territorial como pocos en Europa, pasaremos, desde la ciudad industrial, a partir de los años sesenta del pasado siglo XX, una gigantesca llana, esa herramienta que los albañiles utilizan para dejar arrasada una superficie de naturaleza irregular. Pondré solo un ejemplo para entender tanto el alcance absoluto de la dominación ideológica urbano-industrial del territorio como la trascendencia del error cometido y, peor aún, la falta de conciencia que todavía tenemos del mismo. A las montañas que empezaban a ser abandonadas las llamamos en los años ochenta espacios naturales, juntando en esa denominación un doble error: ni son espacios, pues son territorios, es decir, espacios ocupados y organizados históricamente por el hombre, ni son naturales, pues se aprecia en su conformación geográfica la estrecha cooperación habida entre la cultura y la naturaleza. Nunca nos hemos referido a esas montañas como lo que son realmente: territorios de naturaleza campesina en vías de extinción.

Por otra parte, en el ordenamiento administrativo de estas montañas se les dará un doble enfoque, a veces antagónico: desde la perspectiva de la conservación de la naturaleza, diremos que son zonas a proteger y, desde las políticas agrarias, que son zonas desfavorecidas, en las que, ya que no podemos aumentar la productividad, trataremos de incrementar su renta vía pagos compensatorios. Es cierto que el proceso de intensificación industrial ha sido común al resto de países de nuestro entorno europeo, aun cuando el nuestro fue a la vez tardío y explosivo. La pregunta que cabe hacerse es: ¿qué nos diferenció con respecto a la virulencia con la que se manifestó en nuestro caso el despoblamiento? Algunos investigadores, como el antropólogo cultural Adolfo García, vienen a decir que nuestra gran diferencia estriba en que, mientras en Europa se apostó por un progreso dialógico, es decir, en diálogo respetuoso con el legado campesino, nosotros apostamos por enterrarlo. Estos últimos años he dedicado tiempo a indagar en el origen de nuestras diferencias con respecto a Europa y en las formas de entender las ideas de progreso y conservación, y en esa búsqueda, gracias de nuevo a Adolfo García, me he encontrado con un discurso del presidente de la República francesa, Georges Pompidou, revelador de su interés por el asunto que nos trae hoy a esta comisión. En 1971, Pompidou decía lo siguiente: “Francia no debe convertirse en un gran complejo de aglomeraciones urbanas dispersas por un desierto

incluso verde y conservado. Salvar la naturaleza (...) es salvar la naturaleza habitada y cultivada. Una naturaleza abandonada por el campesino (...) se convierte en una naturaleza artificial y yo diría incluso triste. Cualquier otra fórmula, por otra parte, sería no solo deplorable, sino ruinoso. Incluso desde el punto de vista económico es más rentable a mi juicio tener las tierras cultivadas por los campesinos que tener vastas reservas nacionales, vigiladas, conservadas y protegidas forzosamente por un grupo de funcionarios.”.

Esta preocupación por el problema del despoblamiento que se les venía encima activó la política francesa para buscar soluciones. A diferencia de España, los franceses propusieron hace tiempo políticas diferenciales para los territorios que corrían riesgo de despoblarse. Podríamos decir que la política francesa aplicable a los territorios de montaña se puede resumir en la idea de: conservación de la naturaleza, sí, pero no sin sus pobladores campesinos; desarrollo rural de la montaña, sí, pero basado en el arte de la localidad. El concepto de arte de la localidad, introducido por Henri Mendras, sintetiza el espíritu de trabajar, legislar y progresar concertadamente desde las administraciones con el conjunto de conocimientos, saberes y tecnologías patrimoniales de una determinada comunidad. Gracias a esos planteamientos, hoy, en Francia, nadie, ni de derechas ni de izquierdas, ni corso ni aquitano, discute esa cuestión. Esa falta de reflexión sobre el pasado campesino es uno de nuestros principales obstáculos para abordar el futuro de las montañas. España entró en Europa, pero me temo que Europa no entró todavía en España. Entró, eso sí, la burocracia europea, que no es lo mismo, pero no entraron, por citar algunos ejemplos, la cultura del territorio de la República francesa, el sentido de ciudadanía de los países de tradición democrática consolidada o las prácticas de democracia cotidiana y participativa de nórdicos y anglosajones.

Como verán, parece que me estoy saliendo de foco en relación al tema que nos ocupa, pero creo necesario plantear estos aspectos generales en los que se inscribe el problema del despoblamiento de la montaña española para entender tanto sus orígenes como sus posibles soluciones. Creo que nuestra situación de crisis no está solo circunscrita al déficit público financiero. Tenemos también otros déficits públicos ocultos, casi crónicos, a los que no prestamos atención y que conviene sacar a la luz. Tres déficits y un superávit. Son los déficits en cultura del territorio, en democracia cotidiana y en ciudadanía participativa. Es el superávit en burocracia.

El territorio es, por antonomasia, junto con la sociedad, el objetivo esencial de la acción política. Es, pues, en última instancia, el lugar en el que los ciudadanos se organizan en comunidad y con los pies en el suelo. Es su nación -entendida etimológicamente como el lugar en el que se nace-, su patria -la tierra de sus padres y sus antepasados-, y es su país -el viejo *pagus* romano, el lugar de relaciones donde transcurre cotidianamente la vida- y del que derivaban además el paisano, el pagano, el paisaje o el payés.

Primera conclusión parcial: España no se vertebrará si no recupera su cultura del territorio, pervertida en el siglo XX tras 40 años de equivocada propaganda patriótica; descoyuntada tras la irrupción del pensamiento funcional de la intensificación industrial de los años sesenta; no restituida tras la llegada de la democracia y sometida tanto a la eclosión del productivismo urbanístico especulativo de los noventa, como a la vorágine declarativa de espacios protegidos sin perspectiva paisana, sin perspectiva cultural de país. Sobre este último asunto quisiera hacer algunos comentarios pues es en los denominados espacios protegidos donde hemos encontrado algunas de las mayores tasas de despoblamiento.

Habría que empezar diciendo que los espacios protegidos de montaña de alto valor natural lo son ahora por la persistencia histórica de unos procesos de modelado

cultural que, adaptándose a las características del medio, han producido el paisaje al que, como dije, llamamos ahora naturaleza. El fenosistema, es decir, el aspecto exterior del paisaje, es la expresión última del criptosistema, es decir, del conjunto de tareas campesinas históricas sin cuyo concurso no existiría el paisaje tal como lo conocemos. Les cuento un ejemplo significativo: en sus casi cien años de vigencia ¿saben cuántos estudios se han realizado en el Parque Nacional de la Montaña de Covadonga, ahora de los Picos de Europa, sobre el criptosistema histórico de las comunidades de pastores queseros que gestionaron la montaña durante varios milenios? Ninguno. ¿Saben cuántas familias de pastores quedan ahora que hagan el manejo integral de aprovechamiento de pastos de valle a cumbre? Ninguna.

Sorprendentemente, la política de conservación de la naturaleza española ha mutado sucesivamente a lo largo del siglo XX sobre planteamientos basados en los elementos del fenosistema y sobre el olvido absoluto del criptosistema. Algo tan anómalo como si a la ciencia médica solo le hubiera interesado investigar los tratamientos estéticos -el fenosistema del cuerpo humano- y se hubiera olvidado totalmente de la medicina interna. O como si en un parque urbano de cualquier ciudad nos hubiéramos olvidado de contar con los jardineros, y ahora nos extrañásemos de lo abandonado que está todo. Por eso decimos que el paisano es, probablemente, la especie más amenazada de extinción de la montaña, pero no cualquier paisano, me refiero al genuino, al paisano que sabía hacer paisaje y país. Todavía en los años sesenta del siglo XX, una familia clásica de pastores queseros de una aldea asturiana de los Picos de Europa gestionaba el paisaje en su parroquia manejando unos 20 procesos agroecológicos esenciales, combinados entre sí y distribuidos en un rango altitudinal entre los 100 y los 1600 metros de altura sobre el nivel del mar. Los campesinos, los gestores genuinos de la montaña, se extinguieron delante de nuestras narices sin que nosotros, los gestores político-administrativos de la denominada conservación de la naturaleza o de la gestión agraria, levantáramos siquiera su acta de defunción. ¿Y aún nos preguntamos por qué se despuebla la montaña? Se despuebla por nosotros.

Segunda conclusión parcial: Sin un criptosistema territorial saludable y bien regulado el fenosistema entra en deriva, se despuebla, acumula biomasa, se disparan las especies oportunistas, desaparecen las más especializadas, perdemos biodiversidad y cultura campesina, se borran los caminos, se embastecen los pastizales y el paisaje, antes intervenido por el hombre, se vuelve ajeno y más vulnerable al incendio.

Una buena cultura del territorio sirve también para entender que en las montañas se da un tipo de propiedad histórica de carácter comunitario, que generó una cultura propia que se adaptó al territorio como un guante a la mano, me estoy refiriendo a la propiedad comunal. Por citar un par de ejemplos sobre su trascendencia, medida esta tan solo en términos de superficie, les diré que los terrenos comunales representan en Asturias casi el 50% de la región y en Castilla y León, casi el 23%, según datos de Jesús Arango y Valentín Cabero. Pues bien, a pesar de su relevancia territorial, carecen de una estrategia de futuro, tanto a nivel de Estado como de las comunidades autónomas. Estamos cometiendo un error de bulto pensando que los comunales son reliquias inútiles del pasado cuando, en realidad, son un patrimonio de extraordinario valor para el futuro y un activo esencial para volver a habitar las montañas. Parece que no somos conscientes de que la inteligente organización comunal de esas propiedades fue la clave que explica por qué las comunidades campesinas consiguieron habitar las montañas durante milenios.

La comunal es una economía que tiene aún más futuro que pasado. Es una economía de naturaleza social, cíclica, colaborativa, ecológica y territorial. Una economía con identidad, con derecho propio, esencial para gestionar localmente

importantes ámbitos territoriales de montaña que no pueden ser gestionados con los preceptos de las economías industriales, ni con la perspectiva de la burocracia que la descoyunta. Los bienes comunales solo pueden ser gestionados conforme a normativas comunales, con reglas de gestión locales y ajustadas a las características y ciclos de la naturaleza. Les pido a ustedes, señores senadores, como representantes institucionales de los partidos políticos, que evitemos entrar en los delicadísimos y variados comunales españoles como elefante en cacharrería, pues si lo hacemos estaremos invalidando la posibilidad de volver a rehabetar y rehabilitar las montañas. Les pido en este asunto prudencia, visión de pasado e inteligencia para imaginar un futuro mejor para los comunales.

Como tercera y última conclusión parcial de esta primera parte de mi intervención se podría decir que estamos ante dos noticias, una mala y la otra peor: La mala es que en el tema del despoblamiento de la montaña estamos perdidos. La peor es que no somos conscientes de que estamos perdidos, y eso es ciertamente peor, porque cuando uno no es consciente de estar perdido sigue avanzando por el mismo camino y, lógicamente, se pierde cada vez más.

Después de repasar este conjunto de causas –algunas remotas– que nos han llevado al despoblamiento y de aventurar como diagnóstico provisional que estamos perdidos, intentaré enmendar tanto desasosiego esbozando algunas propuestas de futuro. Pero antes de seguir quisiera hacer tres advertencias previas: En primer lugar, quiero decirles que las propuestas de solución que planteo son más tentativas que taxativas; son propuestas que nacen del convencimiento que acabo de enunciar: como creo que estamos perdidos me he puesto a buscar otras alternativas distintas a las que nos han traído hasta aquí. Ya conocen la verdad de Perogrullo: a menos que cambiemos de rumbo terminaremos exactamente donde nos dirigimos. Por eso es tan importante tomar conciencia de estar perdido, porque cuando eso ocurre deja uno de seguir caminando en la misma dirección, se para y empieza a pensar en otras posibilidades.

Lo segundo que quiero decirles es que no voy a afrontar el asunto desde la vertiente del problema, es decir, la despoblación en sí, sino por la vertiente de la solución, es decir, desde la rehabetación demográfica y la rehabilitación agroecológica de la montaña. No quiero plantear el asunto a la defensiva, sino a la ofensiva, y esto, créanme, no es tanto en primera instancia un problema de financiación como de imaginación; no es tanto una cuestión de proponer medidas desde la misma política de siempre sino, directamente, de cambiar de política; no es tanto hablar de repoblar heroicamente los pueblos sino de crear las condiciones para la recolonización de los pueblos. Es cuestión de ganas de cambiar y de inteligencia a la hora de pensar en el territorio, de creer que se puede ir hacia el este caminando hacia el oeste, que se pueden conservar las montañas promoviendo un desarrollo agroecológico local y actualizando los principios culturales de aquellas organizadas comunidades campesinas que las habitaron durante siglos.

La tercera reflexión es que las soluciones deben enmarcarse en un nuevo contexto, aún inédito, en las relaciones entre el campo y la ciudad, un contexto de relación que tendremos que ir diseñando e imaginando pero que es ya netamente posindustrial. Por tanto, estamos hablando de construir una relación distinta de la preindustrial -que se dio cuando las montañas estaban pobladas- y distinta, lógicamente, de la actual de naturaleza industrial, que provocó su despoblamiento.

Permítanme que les cuente una experiencia personal. En el año 2004, tras el fracaso cosechado como coordinador de un proyecto para la recuperación del pastoreo vernáculo en la vertiente asturiana de los Picos de Europa, el proyecto Pastores XXI, que, como habrán deducido, trataba de activar el criptosistema de la montaña, decidí

pedir un permiso sin sueldo de diez meses. Salvatore Ippólito, un amigo italiano, me preguntó que por qué hacía tal cosa: “Estoy tan descreído de la Administración que necesito poner la cabeza a cero”, le dije. “No se te ocurra -me contestó medio en broma-. A nuestra edad ponemos la cabeza a cero y no vuelve a arrancar nunca más.” (*Risas*).

No le hice caso a Salvatore y sí a Álvaro Cunqueiro, para quien los campesinos son los mayores intelectuales pues escriben sus ideas directamente sobre la piel de la tierra. Así que, siguiendo las sugerencias de Cunqueiro, dejé temporalmente la Administración y me dediqué a buscar por España los vestigios de esas comunidades de intelectuales campesinos que habitaron los territorios de montaña, a los que el escritor gallego se refiere como tierras de muy difícil vivir. Descubrí en Cubaba, en la medianía de La Gomera, a los guaraperos y también las agriculturas de oasis de Gueleica. Indagué en la historia de la isla-montaña de El Hierro y conocí los intentos por la sostenibilidad del cabildo en los tiempos del presidente Padrón. A través de conversaciones con Leoncio Afonso, Juan Sánchez, Pedro Molina y Fernando Sabaté entendí los manejos vernáculos de los magos canarios y sus economías de alcance. Conocí a los pastores y baserritarras de la sierra de Aralar y la sierra Salvada con mis amigos vascos. Lo mismo que con los montañeses navarros de los valles de Roncal y Salazar. Compartí en el Maestrazgo las inquietudes de los últimos masoveros de Teruel y Castellón, que tanto preocupan al senador Arrufat. Visité los extremos trashumantes de la riojana sierra de Cameros y los intentos de Pedro Medrano y sus montes de socios por devolver la vida a los pueblos sorianos. Las montañas semiáridas de Andalucía las conocí a través de los trabajos de José Luis González Rebollar y sus “Pastores por el monte mediterráneo”. Las preocupaciones de los montañeses del Pirineo aragonés y catalán, que son similares entre sí, las conocí a través de Severino Pallaruelo, Joan Ganyet, el senador Boya o Arcadi Castelló. Más familiares, por nación y proximidad, me resultaban las montañas cantábricas, lógicamente las de Asturias, pero también las gallegas de los Ancares, los cántabros valles pasiegos o los babianos leoneses.

Finalizado el permiso, me reincorporé a la consejería. Salvatore Ippólito se había equivocado. No es que mi cabeza no volviese a arrancar. Arrancó de nuevo, es verdad, pero lo hizo en sentido contrario. Desde entonces encuentro más razonables las antiguas lógicas campesinas que los modernos procedimientos burocráticos. Desde entonces también, con poco éxito, estoy tratando de establecer puentes entre las políticas públicas de gestión del territorio y los conocimientos campesinos cosidos al territorio. Entre la Administración Pública y las culturas campesinas en vías de extinción. Por cierto, y como curiosidad informativa, el Gobierno francés consiguió poner en marcha el proyecto Pastores XXI, con el que yo había fracasado estrepitosamente en los Picos de Europa, y lo está desarrollando en cuatro de sus parques nacionales de montaña.

Por eso les planteo ahora la recolonización agroecológica de la montaña. No estoy pensando en devolverle la vida al Instituto Nacional de Colonización Agraria de los años cuarenta del siglo XX, ni mucho menos estoy pensando en los procesos de recolonización que tuvieron lugar tras la denominada reconquista cristiana. Pero sí estoy pensando en atreverse a plantear la cuestión de la recolonización de las montañas -o la re-vuelta al campo, como también la denominan algunos jóvenes vinculados a la agroecología- con suficiente amplitud de miras. En mi opinión, las condiciones objetivas para la recolonización de la montaña se basarían en cuatro claves: Primera, diseñar modelos locales de desarrollo agroecológico pensados para la gestión integrada del territorio, el bienestar social, la satisfacción de las necesidades personales y la rehabilitación del criptosistema que conserva el paisaje de montaña. Segunda, promover y apoyar iniciativas de nuevas comunidades locales de montañeses actualizando los principios agroecológicos y organizativos de las comunidades campesinas vernáculas. A

los extintos campesinos preindustriales les deberían sustituir los nuevos ecocultores posindustriales, que entendemos como una nueva profesión vinculada a la gestión local e integral del territorio y que, como aquellos, estén organizados localmente en una estructura societaria o comunitaria. Tercera, alentar una nueva relación, un nuevo contrato entre la ciudad y la montaña y favorecer la movilidad entre montañeses y urbanitas. A esta nueva relación entre el campo y la ciudad la he denominado en algunos de mis trabajos como relación agropolitana. Y cuarta clave, ensayar en algunas células del territorio -en algunas parroquias o pequeños municipios de montaña en abandono- un proceso de regeneración, de reprogramación celular para activar el criptosistema y promover la recolonización de la montaña. Algunos emprendedores sociales están consiguiendo resultados esperanzadores en este sentido.

¿Por qué planteo estas cuatro claves? Por algo muy elemental: si el declive de la demografía en la montaña estuvo vinculado a la extinción del modelo vernáculo original, puede ser que la generación de un nuevo modelo vernáculo actualizado y mejorado haga que volvamos a rehabetar la montaña.

La crisis y posterior declive del modelo vernáculo original se manifestó en sus dos vertientes: la reproductiva humana -que es ciertamente irreversible en su faceta biológica salvo una recolonización- y la productiva económica, que es irrecuperable bajo los parámetros de la actual economía industrial, pero no bajo las ideas de una nueva economía social de mercado, cíclica, colaborativa y ecológica. Si conseguimos que funcione en alguna montaña esa nueva economía podremos albergar una cierta esperanza de solución.

Abordar un proceso de recolonización de la montaña supone generar nuevas condiciones para superar las crisis reproductiva y productiva que la han llevado al despoblamiento; supone, en definitiva, crear un nuevo modelo que dé continuidad al modelo campesino original. Un proceso de recolonización no implica ocupar las montañas con los contingentes demográficos de hace 50 o 100 años, ni tan siquiera ocupar todas las entidades de población de antaño, pero sí implica pensar en diseñar modelos agroecológicos pertinentes para la gestión de la montaña y en contingentes suficientes para atender los agroecosistemas. Implica también buscar fórmulas de organización empresarial, cooperativa o asociativa, que permitan a los nuevos pobladores disfrutar de tiempo libre y vacaciones en su trabajo. Implica buscar nuevos mercados y retribuir las externalidades positivas que la gestión agroecológica genera en forma de paisaje o de recursos de los que se benefician las ciudades. Y sobre todo implica pensar que necesitamos modificar simultáneamente las políticas de conservación de la naturaleza burocráticas, estáticas y fenosistémicas y las de desarrollo agrario, vinculadas por la perspectiva industrial y pensadas más en términos de compensación de renta que de incentivos para la gestión pertinente del criptosistema.

No es mi objetivo detallar la propuesta recolonizadora. Tan solo pretendo invitarles a pensar en ella como posibilidad, porque no hacerlo y desestimarla sin más nos obliga entonces a responder a la pregunta formulada en Somiedo en la inauguración del I Congreso de la Asociación Española de Municipios de Montaña por el presidente de la asociación y senador Francesc Boya: ¿cuánto cuesta gestionar un desierto? Por lo demás, lo que planteo se basa en observaciones realizadas por destacados científicos, como Pedro Montserrat cuando habla de la “cultura que hace el paisaje”, o los ecólogos Fernando González Bernáldez y Ramón Margalef. De forma magistral lo planteó Derek Denniston, un investigador del Wordwacht Institute, en 1995 cuando dijo: “La protección de las montañas hará necesarias medidas mucho más amplias que la simple designación de parques nacionales. Para abordar los problemas a los que se enfrentan los pueblos de montaña (...) serán necesarios enfoques novedosos (...) El elemento

prioritario que de debemos tener en cuenta es el vínculo inquebrantable entre las culturas locales y sus ecosistemas: no es posible conservar lo uno sin lo otro”.

Creo que tenemos bastante bagaje político para atrevernos a impulsar una nueva política para la montaña. Para empezar, ha sido aquí, en el Senado, donde ha surgido el grupo de senadores a los que une su origen montañoso que promovió la creación de la Asociación Española de Municipios de Montaña. Y para seguir, estoy pensando en ideas compartidas con presidentes de gobiernos autónomos, como el cántabro Miguel Ángel Revilla, nacido en una aldea de alta montaña, o el hoy senador y expresidente aragonés, Marcelino Iglesias, nacido en el Alto Pirineo oscense y que mantuvo en su Gobierno un debate permanente sobre la montaña, o como el exlehendakari Ibarretxe, cuyo Gobierno trabajó los aspectos vinculados a las culturas locales de gestión del territorio.

Por cierto, en este punto me gustaría hacer un comentario. Se habla mucho del problema vasco, sin embargo, creo que se habla poco de las soluciones vascas en lo relativo a su visión sobre sus culturas campesinas, que pueden servir de referente para trabajar con las culturas campesinas del resto del Estado. Asimismo, me consta la preocupación por el despoblamiento de las montañas del Gobierno gallego del señor Feijoo.

Finalizo ya con algunas conclusiones de cierre. La batalla contra el despoblamiento de la montaña no se gana partido a partido, ni mucho menos partido contra partido. Por eso necesitamos un espacio político de consenso, pensamiento, creación, diseño y experimentación para dar a luz ensayos y políticas para la montaña en la nueva y emergente sociedad posindustrial. Unas montañas que deben aspirar en el siglo XXI a volver a ser habitadas, vividas y por ello conservadas.

Para abordar la recolonización de las montañas no necesitamos tanto nuevas leyes como nuevas actitudes. En el orden normativo bastaría con rehabilitar y actualizar la Ley de agricultura de montaña de 1982 e ir poniendo en marcha la Ley para el desarrollo sostenible del medio rural de 2007, a la que, por razones personales, tengo especial cariño, no en vano participé en su elaboración junto con Jesús González Regidor, José Emilio Guerrero o Eduardo Moyano, entre otros. Tenemos que aprender a leer el paisaje en versión original, en el idioma en el que fue creado, es decir en su lengua nativa, que escribieron a escala 1:1 las comunidades locales de montañeses usando como papel el territorio mismo y no empeñarnos en leerlo traducido a los códigos simplificados y estereotipados nacidos en la ciudad, en la ciencia académica segmentada y en la burocracia ambiental. La toponimia, la historia local y el diálogo con los paisanos y sus pequeños países ayudan a entender las montañas mejor que lo que decimos de ellas en los boletines oficiales del Estado y de las comunidades autónomas.

Tengo en buena consideración a la comunidad de trabajo de los Pirineos y por ello creo que hay que promover estructuras similares en el resto de macizos montañosos del Estado. Y en esta tarea, los gobiernos de España y de las comunidades autónomas pueden desempeñar un excelente papel como elementos promotores y facilitadores.

Tenemos que dejar de referirnos a las montañas como espacios protegidos o como zonas desfavorecidas; convirtámoslas en polos de ecodesarrollo. La conservación y desarrollo de la montaña vendrán entonces juntos y serán la consecuencia, entre otros factores concurrentes, de una actividad agroecológica local, vernácula, pertinente y actualizada. Hemos de atrevernos a diseñar prototipos de gestión local de la montaña, ensayos de innovación retroprogresiva de base celular, porque si hacemos volver a la vida una célula montañesa, una pequeña parroquia o municipio de montaña ahora durmiente y abandonado, habremos aprendido cómo inocular esa información territorial

revitalizadora en otras células montañosas. Para ello nos vendría mejor la metodología científica que alentó la Institución Libre de Enseñanza -ojalá pudiésemos restituirla- y no la actual, segmentada, burocrática y metacadémica ciencia al uso.

Por último, pediría a esta comisión que considerase las conclusiones del I Congreso de Municipios de Montaña, celebrado en Somiedo en diciembre del año pasado, que suscribo totalmente ya desde el lema: construyendo una propuesta desde, para y por la montaña.

Les pido disculpas si he sido en algunos momentos vehemente, pero no quise andar con medias tintas. Necesitamos ponernos contundentes. O damos un buen *ximielgón* –palabra asturiana que podría traducirse como una síntesis entre empujón, meneo y agitación–, o me temo que nuestras montañas se convertirán en territorios inhóspitos y ajenos al hombre, en los que no seremos capaces de reconocernos ni a nosotros ni a nuestra naturaleza.

Llevo años insistiendo en estos planteamientos con la esperanza de que cambien las cosas. En algún sitio he leído que el éxito consiste en ir de fracaso en fracaso sin perder el entusiasmo. Lo he leído y lo he incorporado a mi forma de ver la vida. No me quejo de mis fracasos, pero los cambio todos por que esta comisión que ha tenido la amabilidad de invitarme tenga éxito y sea el inicio de la recolonización cultural, agroecológica y paisana de las montañas españolas en el siglo XXI.

Muchas gracias.

El señor PRESIDENTE: Muchas gracias, don Jaime.